

bondad y en vuestra benevolencia, haya nunca sido despedido. Lleno de la misma confianza, recurro á vos, Reina de las vírgenes, y aunque soy pecador, me atrevo á presentarme delante de vos, lamentando el recuerdo de mis miserias: Madre de Dios, no despreciéis mis humildes súplicas, antes bien sedme propicia, y dignaos escuchar mis votos. Así sea.

Una dichosa experiencia ha demostrado que es tan grata esta oracion á la santísima Virgen, que nunca se hace sin fruto, con tal que se haga con devocion y confianza.

TERCER DOMINGO

DESPUES DE LA EPIFANIA.

Este domingo nada tiene de particular que interese. Solo se sabe que en la antigüedad se le ha denominado de diferentes modos. Domingo del Leproso, domingo del Centurion, ó domingo despues de la cátedra de san Pedro: las dos primeras denominaciones se tomaban del asunto del Evangelio; la otra procedía de que este domingo es siempre el primero que sigue á la celebracion de la cátedra de san Pedro en Roma, la cual está asignada al dia 18 de enero.

La misa de este dia comienza por estas hermosas palabras del versiculo octavo del salmo 96: *Angeles del Señor, adorad al Salvador y juez soberano de los hombres y vuestro. Sion ha salido fuera de si de alegría al oír ensalzar la gloria de su rey. Las hijas de Juda han dado saltos de regocijo, Señor, al saber que debéis juzgar al universo. Restablecido David en su trono,*

se sirve del castigo de sus enemigos para describir en este salmo la segunda venida de Jesucristo en el dia del juicio universal. El Profeta convida á los ángeles á que adoren á este hombre Dios. Manifiesta la alegría que ha tenido Sion al saber cuál es el poder de que un dia ha de estar revestido su rey. En fin, exhorta á los hombres á que huyan del mal, á fin de merecer con su inocencia la proteccion y las recompensas de su soberano Juez. Así es como interpretan los santos padres este salmo: *Adorate eum omnes angeli ejus: spiritus santos, ministros del Señor, adorad al soberano Dueño del universo, ya que no lo hacen los hombres ingratos, los hombres vanos é impíos que le desprecian, hasta que él se haga á sí mismo justicia en el dia terrible del juicio universal. Angeles del Señor, rendid al Juez de toda la tierra las adoraciones y respetos dignos de su majestad, ya que nosotros somos tan poco capaces de rendirle los honores que merece. *Lætata est Sion*: toda la Iglesia, de que Sion es aquí la figura, triunfa llena de contento; y las hijas de Judá, esto es, todas las almas justas, las almas fieles, *exultaverunt*, dan á conocer su alegría cuando contemplan que en el gran dia de vuestras recompensas y de vuestras venganzas os haréis justicia á la faz de todo el universo, recompensando con una gloria eterna á los que os han servido con fidelidad inviolable, y castigando con un suplicio eterno á los impíos que os han despreciado tan descaradamente.*

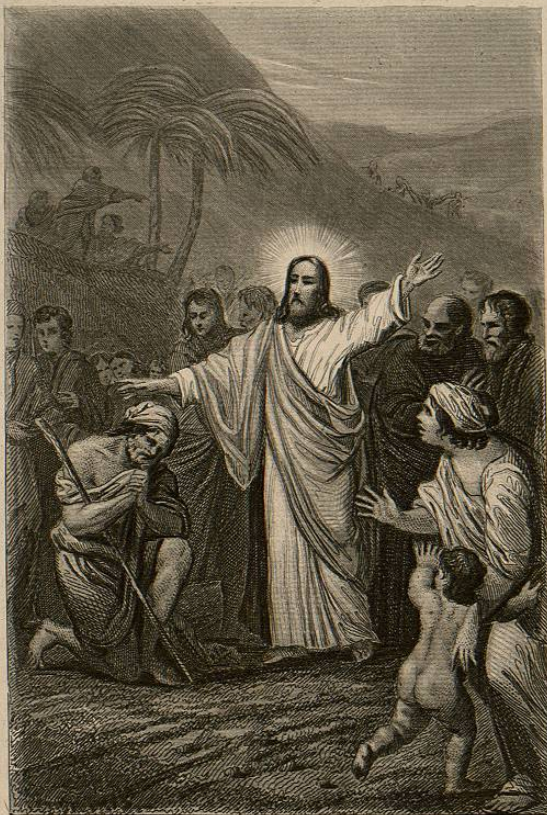
La epístola de la misa de este dia es continuacion de la del domingo precedente: está tomada del mismo capítulo 12 de la carta de san Pablo á los Romanos. El Apóstol continúa enseñándoles los princi-

pales deberes de la vida cristiana. Como se habia introducido entre los fieles que habia en Roma no sé qué espíritu de imperfeccion , en el que tenian mucha parte el amor propio y los zelos , y que producía entre los fieles de esta Iglesia el que los unos se prefiriesen á los otros; los judíos á los gentiles , pretextando que ellos habian sido escogidos por Dios para que fuesen la nacion privilegiada de la cual debia nacer el Mesías ; y los gentiles á los judios que habian sido tan ingratos y tan impios , que habian hecho morir en la cruz al Mesías tan esperado de ellos ; el Apóstol se esfuerza en muchos pasajes de esta carta en abatir la vanidad de los unos y de los otros por la consideracion de sus propias miserias , y teniendo presente la misericordia de Dios , á la cual solamente debian todo el bien que habia en ellos. Les exhorta á que sufoquen enteramente el espíritu de nacionalidad tan opuesto al espíritu de Dios , el espíritu de partido que reina alguna vez entre las gentes que hacen profesion de piedad , y que no tiende mas que á mantener la division , debilitar la caridad y fomentar el espíritu de cabala. San Pablo recomienda á todos la humildad ; pero una humildad sincera que consiste no en un desprecio exterior y afectado de sí mismo , sino en un conocimiento interior de su bajeza y de su miseria ; una humildad de corazon que ama la humillacion sin querer hacer ostentacion de ella. Como la humildad de corazon es inseparable de la dulzura , el santo Apóstol la inspira á todos los fieles , exhortándoles á que perdonen de buena gana las injurias , lejos de prevenir la venganza que Dios mismo tomará de la injusticia que se les pueda haber hecho , y á hacer bien á aquellos que nos hacen mal : hacién-

dolo así , les dice , amontónais carbones ardientes sobre su cabeza. Segun san Jerónimo y san Agustin , amontonar carbones sobre la cabeza de su enemigo , es ablandar á fuerza de beneficios la dureza de su corazon , causarle un vivo dolor de haber ultrajado á aquellas personas que le colman de bienes , forzarle á amarlos como á pesar suyo. Por poco honor y religion que uno tenga , nada llena tanto de confusion á un hombre como el verse colmado de beneficios por aquel á quien acaba de cargar de injurias ó de hacerle daño. Contrasta extraordinariamente el honor que le resulta al uno con la sinrazon del otro. El resplandor de la virtud del hombre cristiano patentiza con mayor claridad la malignidad y los vicios de un corazon ulcerado y de un espíritu perverso. En fin , concluye el Apóstol , no os dejeis vencer por el mal , antes bien tratad de vencer el mal por el bien. ¡ Cuánta gloria y cuánto mérito hay en esta victoria ! Es uno vencido por el mal cuando , no teniendo fortaleza para sufrir los ultrajes de un enemigo , ultrajándole , cae en el mismo pecado con respecto á él , que el que él habia cometido contra el otro. Vencer el mal por el bien es el efecto mas glorioso de la magnanimidad cristiana , es la prueba mas auténtica de una virtud heroica.

El Evangelio de este dia contiene la historia de la curacion del leproso y la del criado del centurion que refiere san Mateo en el capítulo 8. Habiendo Jesus llamado á su compañía á san Pedro , san Andrés , Santiago y san Juan , recorrió con ellos muchas ciudades , aldeas y lugares , enseñando y haciendo milagros en todas partes. Habiéndose retirado un dia á una montaña elevada , le siguió inmediatamente un pueblo

numeroso, al que sus milagros atraían en pos de él y que ansiaba por oírle. Entonces fué cuando hizo el gran sermón que puede considerarse como el compendio de toda la doctrina del Salvador y como el resumen de toda la moral cristiana. Habiendo bajado de esta montaña, se le presentó un leproso; causaba horror el ver á este pobre enfermo; estaba todo cubierto de úlceras ó manchas deformes, á manera de escamas de pescado por todo el cuerpo, ó mas bien todo su cuerpo no era mas que una úlcera. Estaba tan espantoso, que no se atrevía á manifestarse; así que se arrojó á los piés del Salvador, pegado el rostro á la tierra; le adoró humildemente, y abrazándole las rodillas, animado de una fe viva y lleno de una confianza firme: Señor, le dijo, yo sé que nada os es imposible; estoy seguro que si quereis me podeis curar de mi lepra; mi salud, pues, está en vuestras manos. Vos estais lleno de misericordia, veis mi mal, y esto basta. Apenas hubo dicho esto, extendió Jesus la mano, le tocó y le dejó tan limpio y tan sano como nunca lo habia estado, sin decir otra cosa mas que *yo lo quiero: queda curado*. Pero este Señor omnipotente que remedia las enfermedades del alma lo mismo que las del cuerpo, queriendo enseñarnos, dice san Ambrosio, la humildad, prohíbe al leproso que publique el milagro de su curacion, y la prohibicion que le hace va acompañada de amenazas. Hasta le despide con tal prontitud, que parece mas bien arrojarle de su presencia que despedirle: vete, le dice, y guárdate bien de hablar á nadi e de todo esto; preséntate únicamente al principe de los sacerdotes, y ofrécele lo que la ley de Moisés manda que se le ofrezca, á fin de que no vuelvas á entrar en el co-



Extendió Jesus la mano, le tocó, y le dejó tan limpio y tan sano como nunca lo habia estado.

mercero con las gentes sin su consentimiento, y que él y todos los sacerdotes sean testigos del acatamiento que yo hago á la ley.

La ley establecia á los sacerdotes jueces de esta enfermedad : á ellos les tocaba declarar si los que se les presentaban estaban tocados de ella, ó si estaban bien curados. Aquellos que eran reconocidos por sanos ofrecian inmediatamente dos gorriones, y ocho dias despues ofrecian dos corderos y una oveja ; si eran pobres, un cordero y dos tórtolas, despues de lo cual volvian á la sociedad. El sacerdote les introducía en seguida en la ciudad, y despues en el templo, donde ofrecian su presente, como éstaba mandado por la ley.

Este hombre que debia su vida y su salud á Jesus, supo muy bien distinguir las dos cosas que se le habian dicho. En cuanto á la primera, que le prohibia hablar de la curacion, no la consideró de ningun modo como un precepto, sino solo como una leccion ó como un ejemplo de humildad, dice san Ambrosio ; por esto luego que pudo presentarse en público, y que hubo concluido el tiempo de su separacion conforme á la disposicion de la ley, publicó altamente todo lo que habia pasado, si bien que, habiéndose esparcido por todas partes la noticia, no se hablaba en todas mas que del milagro. La súplica de este leproso, dice san Crisóstomo, indica la grandeza de su fe, su firme confianza y su perfecta resignacion ; es uno de los mas bellos modelos de oraciones que se ven en el Evangelio. Algunos creen que la prohibicion que hizo el Salvador al leproso de publicar su curacion milagrosa, no debia entenderse sino antes que hubiese satisfecho á la ley que le obligaba á irse á

presentar al sacerdote, y hacer su ofrenda á Dios en el templo antes de presentarse en público.

El milagro del leproso curado se habia obrado á la puerta de Cafarnaum, ó muy cerca de la ciudad. Habiendo entrado Jesus en ella, encontró inmediatamente á los ancianos y los mas cualificados de los judíos, que vinieron á rogarle de parte de un centurion que se dignase curar á un criado muy querido de este oficial que se hallaba peligrosamente enfermo. San Mateo para compendiar la narracion nada dice de la mediacion de los judíos, y lo cuenta como si todo hubiese pasado solo entre el Salvador y el centurion. San Lucas, que circunstancia este hecho mas á la larga, no dice que el mismo centurion haya venido, sino que únicamente habia hecho suplicar á Jesus por medio de los mas notables de los judíos para que estes le hablasen en su nombre, sirviéndose aun hasta de sus propias palabras. No hay cosa mas comun en la Escritura que atribuir á alguno lo que ha hecho hacer ó decir por otro. Es verisímil que la primera súplica la hiciesen los ancianos de los judíos en nombre del centurion, y que, sabiendo este oficial que Jesus iba á su casa, se presentase él mismo.

El centurion que era un oficial romano de infantería que tenia á sus órdenes cien soldados, y que mandaba entonces en Cafarnaum, habiendo sabido que Jesus estaba en la ciudad, queria ir en persona á verle y decirle: Señor, tengo un criado en mi casa, que está cruelmente atormentado de una parálisis que vos solo podeis curar; mas los que habia elegido por intermedios, se encargaron, segun el uso del tiempo y del país, de llevar la palabra en su nombre, y no contentos con esto, añadieron de su parte solicitudes

ejecutivas, diciendo al Salvador: este hombre merece que le concedais la gracia que os pide, porque, aunque es extranjero, ama á nuestra nacion, y aun nos ha hecho edificar una sinagoga.

No podian racionalmente concebir que serian mal recibidos de aquel cuya bondad, no menos que su poder, no tiene límites. El Salvador, en efecto, les concedió mas de lo que pedian; yo mismo iré, les respondió, y curaré al enfermo, y al momento se encaminó allá con ellos. Advertido el centurion de que iba Jesús á su casa, salió al encuentro de este médico omnipotente, y habiéndole hecho una profunda reverencia: Señor, le dijo, no os tomeis la pena de ir mas adelante, porque yo no merezco que entreis en mi casa. Ni aun yo mismo me habia juzgado digno de presentarme á vos en persona: estoy seguro de que podeis, sin pasar adelante, decir una sola palabra, y no será necesario mas para curar á mi criado. Vos no recibis órdenes de ninguno, porque no hay nadie que sea superior á vos. Es, pues, muy debido que toda la naturaleza os obedezca como á su Señor soberano, y yo no dudo que no hay enfermedad que no disipeis diciendo una sola palabra; porque yo que no tengo mas que una autoridad subordinada, me hago obedecer de mis inferiores á la menor señal de mi voluntad; ¡con cuánta mas razon lo hallaréis vos todo sumiso á vuestra sola palabra!

Este discurso agradó al Salvador, y no pudo menos de dar señales de admiracion. No porque la admiracion que demostró procediese de ignorancia, de asombro ó de sorpresa, como en nosotros, puesto que él lo sabia todo, lo preveia todo, y nada podia serle nuevo: era mas bien un efecto de la extraordi-

naria satisfaccion que le causó la fe de este oficial romano, y esto fué lo que le hizo decir á todos los que le seguian : En verdad que no he hallado tanta fe en Israel, en ninguno de los que he favorecido mas, y que están mas obligados á creer y á confiar en mí, debiendo sin duda ser tan firme vuestra fe como la de este extranjeró. El Hijo de Dios hablaba de los que estaban presentes y de todo el pueblo judío. Siempre debe exceptuarse la santísima Virgen, san Juan Bautista y los apóstoles, sin que esta excepcion impida que la fe de este extranjeró fuese capaz de confundir la incredulidad de la nacion judía. Por esto, añadió el Salvador, debeis tener por cierto, y yo os lo predigo hoy, que muchos de Oriente y Occidente tendrán lugar con Abrahan, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; se sentarán con estos santos patriarcas entre las delicias y regocijos de un festin perpetuo, mientras que los hijos de la casa que podian aspirar los primeros á este reino, como á una herencia que se les destinaba con preferencia á los demás, serán desheredados y arrojados al abismo, donde no verán jamás la luz, y en donde no tendrán mas que lágrimas y crujir de dientes. Lo que el Hijo de Dios acababa de decir, indica bastante la vocacion de los gentiles, los cuales por su docilidad en recibir el Evangelio, merecieron sustituir á los judíos y sucederles en todos sus derechos. Se sentarán en el festin con Abrahan, Isaac y Jacob, es decir, que las promesas hechas á los antiguos patriarcas de una tierra de delicias y de una felicidad eterna, se cumplirán en sus personas, mientras que los judíos, vasallos naturales, por decirlo así, del reino del Mesias, no se aprovecharán de ellas. Despues de haberse ellos mismos

excluido de la Iglesia de Jesucristo y permanecido en la ceguera, serán echados para siempre de la sala del banquete celestial, arrojados á las tinieblas exteriores, y precipitados en las llamas del infierno. Este oráculo terrible habla tambien con los malos cristianos, que, habiendo sido llamados al festin misterioso, y aun habiendo entrado en la sala con todos los convidados, no hubieren llevado la ropa de boda, esto es, hubieren perdido la inocencia, y muerto en pecado.

Hasta aquí el Salvador solo habia alabado la fe heroica del centurion; pero no habia respondido á la súplica de este nuevo fiel, ni á los que habian pedido de su parte. No se atrevian, sin embargo, á urgirle sobre la curacion solicitada, ya por un género de respeto, ya porque sabian bien que, cuando quisiese, y en cualquier lugar que estuviese presente ó ausente, curaba los enfermos. Por fin, dirigiéndose al centurion : vé, le dice, yo quiero que se cumpla tu deseo, y que esta sea la recompensa de tu fe; y en la misma hora el enfermo quedó perfectamente curado de su parálisis. Esta maravilla no obró solo la curacion del cuerpo; todos los que fueron testigos se llenaron de admiracion, y la mayor parte creyeron en el Salvador, embelesados y persuadidos de la eficacia de su palabra.

La oracion de la misa del dia es como sigue.

Dios omnipotente y eterno, mirad nuestra flaqueza con ojos favorables, y extended la mano poderosa de vuestra Majestad para favorecernos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La epistola es tomada de la carta de san Pablo á los Romanos, cap. 12.

Hermanos míos, no seais prudentes á vuestros propios ojos : no volvais á nadie mal por mal. Portaos de modo que

vuestras acciones sean buenas no solo delante de Dios, sino delante de todos los hombres; viviendo en paz con todo el mundo, si esto es posible, y en cuanto dependa de vosotros. No os vengueis vosotros mismos, sino dejad pasar la cólera. Porque está escrito: á mí es á quien pertenece la venganza; yo tomaré satisfaccion, dice el Señor. Al contrario, si nuestro enemigo está oprimido del hambre, dadle de comer; si está abrasado por la sed, dadle de beber; porque, haciendo esto, amontonaréis carbones encendidos sobre su cabeza. Guardaos de ser vencidos por el mal, antes bien tratad de vencer el mal por el bien.

Se ha dicho ya que este duodécimo capítulo de la carta que san Pablo escribió á los Romanos presenta un pormenor maravilloso de los preceptos de la moral cristiana. Nos contentaremos con hacer aquí algunas observaciones sobre estas palabras: *date locum iræ*. Dejad pasar la cólera. Dejadla calmar. Dejad que se sosiegue, ya que seais el objeto de ella, como lo entiende san Ambrosio, ya en el sugeto de quien se apodera, como lo explica san Agustin. San Crisóstomo lo entiende de la cólera de Dios. Dad lugar á la cólera de Dios, dice, no la prevengais; dejadle el tiempo y el cuidado de vengaros; él sabrá haceros justicia.

REFLEXIONES.

No seais prudentes á vuestros propios ojos. La demasiada buena opinion que uno forma de sí mismo, es la que causa la hinchazon del corazon, por la cual el hombre se infla, y encarece sus ideas. De aquí la diversidad de pareceres, las divisiones en la Iglesia y en el Estado; de aquí los zelos y otras mil pasiones que desgarran el corazon, y ocasionan tantas turbulencias. No hallaremos nuestro reposo mas que en la humildad. La paz no reina mas que en las almas hu-

mildes. Para convenirse en los sentimientos, es preciso muchas veces ceder á las luces de los otros, y esto es lo que no puede esperarse de los que son sabios á sus propios ojos. Ninguna cosa demuestra mejor la sublime perfeccion de la ley cristiana, que la obligacion que impone de volver bien por mal. Entonces merecemos doble corona por el mal que sufrimos con paciencia, y por el bien que la caridad nos impele á hacer á los que nos han hecho el mal. Se ha dicho, aun en el lenguaje del mundo, que no hay venganza mas heróica que la que atormenta á la envidia á fuerza de hacer bien; aun mejor puede decirse que no hay heroismo mas real, que el volver bien por mal, segun el espiritu del cristianismo. La venganza tiene cierto carácter de bajeza, es una pasion comun al hombre y á los animales mas feroces. Ninguna cosa hay tan grande como el perdonar las injurias; pero no hay virtud ninguna que en cierto modo nos acerque tanto al mismo Dios, como el hacer siempre bien á aquellos mismos que nos desean y nos hacen siempre mal. Obrad de modo, dice el Apóstol, que vuestras acciones sean buenas, no solo delante de Dios, sino delante de todos los hombres. La caridad que nos obliga á edificar al prójimo, no es contraria á la humildad que nos inclina á ocultar nuestras virtudes. La humildad consiste entonces, no en evitar lo que nos acarrea la gloria, sino en no buscarla. No siempre podemos mantener la paz con los hombres; pero por lo menos debemos siempre procurar que no se comience por nosotros la guerra y la division. Teniendo que vivir con personas de diferente humor, que tienen pasiones diferentes, tan vivas y tan fáciles de irritar, considerémonos como quien está rodeado de enemi-

gos dormidos á quienes no se puede despertar sin peligro. A mí, dice el Señor, es á quien pertenece la venganza. ¿Cómo, pues, según esto, se atreverá ninguno á tomarla por sí mismo? Esto sería desconfiar de la justicia de nuestro Dios, que se ha encargado de hacerlo. Este derecho no pertenece mas que á Dios, soberano Juez, el único que no puede ser seducido, ni por la pasión, ni por el interés.

El evangelio de la misa es del cap. 8 de san Mateo.

En aquel tiempo : como Jesus bajase de la montaña, le siguió una muchedumbre de gentes. Al mismo tiempo se llegó á él un leproso, y le adoró diciendo : Señor, si quereis, podeis limpiarme. Y extendiendo Jesus la mano, le tocó y le dijo : quiero, queda limpio ; y en el momento quedó limpio de su lepra. En seguida le dijo Jesus : guárdate de decir esto á nadie, sino vé y muéstrate al sacerdote, y para prueba de que estás sano, ofrece el presente ordenado por Moisés. Habiendo entrado Jesus, despues de obrado este prodigio en Cafarnaum, se le acercó un centurion y le rogó en estos términos : Señor, tengo un criado en mi casa, que está en el lecho paralítico, y sufre gravísimos dolores. Díjole Jesus : yo iré, y le curaré ; á lo cual respondió el centurion : Señor, yo no merezco que entreis en mi casa, mas decid solamente una palabra, y mi criado quedará curado. Porque yo que soy un oficial subalterno, que tengo soldados á mis órdenes, digo al uno : vé, y va ; al otro : ven, y viene ; y á mi criado : haz esto, y lo hace. Al oír Jesus este discurso, manifestó admiración, y dijo á los que le seguían : en verdad os digo que no he hallado tanta fe en Israel ; pero también os digo que muchos vendrán del Oriente y del Occidente, y serán colocados en el festin con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, al tiempo que los hijos del reino serán arrojados fuera á las tinieblas exteriores, en las que llorarán y crujirán los dientes sin remedio. Despues dijo Jesus al centurion : vé, y suceda como lo has creído. Y en aquella misma hora quedó el criado sano.

MEDITACION.

SOBRE LA CONFIANZA EN DIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la confianza en Dios comprende una fe viva y una esperanza firme en su misericordia. De modo que la fe, la esperanza y la caridad son inseparables de la confianza ; no debe por tanto sorprendernos que la confianza en Dios sea tan eficaz, y que se haga tan vivamente dueña del corazón de Dios. Se diría que el Señor no puede negar nada á la confianza. *Todo es posible para el que cree* (1), y que tiene una verdadera confianza en Dios. Tu confianza te ha salvado, dijo el Salvador al ciego que estaba sentado en el camino cerca de Jericó. La palabra *fe* en todos estos parajes de la Escritura significa tanto la confianza como la fe, y á la verdad cuasi no es posible que haya fe donde no hay confianza. Parece que Jesucristo no exigía de todos aquellos en cuyo favor quería hacer algun milagro, mas que esta virtud ; porque ella es la mas propia disposición para todas las gracias. *¿No os he dicho*, responde el Salvador á los que dudaban si podría resucitar á Lázaro despues de cuatro dias de enterrado, *no os he dicho que si creéis, veréis á Dios glorificado* (2)? Vé, dice el Salvador al centurion de nuestro evangelio, vé, y suceda como lo has creído. *¿Creéis*, dijo Jesucristo á los ciegos, *teneis confianza de que yo puedo hacer lo que deseáis* (3)? *Todo lo que pidiereis con confianza en la oración, lo obtendréis*. Tened una confianza firme y de ningún modo vacilante, y estad seguros, que no pediréis nada

(1) Marc. 9. — (2) Joan. 11. — (3) Matth. 9.